

Por qué Palencia ha estado siempre en primera línea de mis querencias*

Miguel Ángel García Guinea

Ilmo. Sr. Presidente,
Sras. y Sres. Académicos,
Sras. y Sres.:

Si yo les digo que mis raíces familiares se remontan, que sepamos, al siglo XV, en una tierra que desde muy antiguo responde al nombre de Campóo, ustedes no sabrán si situarme en la actual Cantabria (antigua Santander), valle de Campoo o en el Norte palentino, donde la villa de Aguilar lleva el mismo apellido: Aguilar de Campóo. La distancia entre ambos Campóo es muy reducida, 20 o 30 Km., o quizás menos en línea recta, salvando alturas. Yo pienso que el valle, que en algún documento se nombra Campo-pau, debió de extenderse a la villa, cuando a Aguilar, con mayor categoría urbanística, se le impuso, para su localización, el nombre más primitivo del valle.

A mí me hubiera dado igual venir de antepasados asentados en el valle, como tenerlos en la propia villa o en su alfoz, pues, al fin y al cabo, estamos hablando de una misma tierra.

Digo todo esto porque, aunque ahora los límites administrativos han separado al primitivo valle de Campóo de la villa de Aguilar, ambos pertenecían en la Edad Media a la Merindad que encabezaba la villa.

Por ello, permítanme que yo prefiera usar para las dos –aunque me llamen conservador o, en tono quizás un poco más despectivo, retrógrado– el término de campurriano, que sirve ahora tanto para los que vivimos en el valle, como para los que lo hacen en Aguilar. Así disfrutamos de la suerte de poder tener dos pasaportes, uno palentino y otro montañés, porque desde nuestras altas montañas (Curavacas, Peña Labra, Tres Mares), abarcamos con la vista dos espectáculos geográficos: De una parte los inmensos y dorados trigales de Castilla y por otra, el mar azul que bautizaron los cántabros.

* Discurso de apertura del Curso Académico 2010/2011 de la ITTM.

Por eso, como Garcilaso, que clamó para que nadie pudiera quitarle su “dolorido sentir”, yo definiendo mi ambivalencia; y porque he vivido y sentido casi con la misma intensidad tanto los montes, campos y gentes de Palencia, como los de Santander, nunca he podido encontrar diferencias que pudieran hacerme estimar más a los unos que a los otros.

Desde los últimos años de la década del cuarenta del siglo pasado, es decir hace más de sesenta años, y cuando tenía unos veinticinco, yo inicio mis percepciones palentinas y no las he abandonado nunca. Percepciones que no fueron momentáneas, sino que, a veces, llegaron a tener una permanencia de diez o más años en el mismo sitio, disfrutando de las variaciones de color, movimiento, quietud, en paisajes y lugares admirables. Yo me llevo al más allá, abrazadas puestas de sol que de repente convertían a fachadas de un blanco casi níveo en lienzos teñidos de rojo.

Les voy a hacer en esta charla un recorrido cronológico por tierras y montes palentinos, para que vean que, hasta en mi piel, llevo yo las huellas marcadas con el espíritu y la historia de Palencia, y que me precio de haber gozado hasta el máximo de unos paisajes que les pienso tristes porque muchos de nosotros no hemos sabido recoger toda la fuerza que de ellos emana.

En 1948, creo (y no me hagan mucho caso cuando de fechas se trate), Don Laureano Pérez Mier, canónigo de la Catedral de Palencia y luego auditor de la Rota, se acercó un día al Colegio de Santa Cruz de Valladolid para invitarme a dar unos días de charlas sobre arte a los seminaristas palentinos que en ese verano vivían, no sé si fijos o interinos, en el viejo Monasterio de Lebanza que, como sabéis, se ubica en la Pernía, a unos cientos de metros de la Iglesia de San Salvador de Cantamuda. En el siglo XII tuvo una fábrica románica que desapareció al construirse en el siglo XVIII, con Carlos III, otra neoclásica. De la iglesia románica nada se conservó, tan sólo dos capiteles que adquirió, por venta suponemos, el Fogg Art Museum de Harvard, que pertenecieron al claustro de la iglesia y que están fechados en 1185. Fueron publicados por Porter en 1927.

Lebanza es un sitio precioso. El arzobispo de Toledo, Don Cerebruno, al conceder indulgencias a quienes contribuyesen a la fábrica románica, a la que pertenecían estos capiteles, ya advertía en el documento que la iglesia “Sita est in locis desertis et montuosis”.

Evidentemente se me olvidarán las fechas, pero no las emociones. Pasé en Lebanza unos amables días, en conversación con Don Laureano y sus seminaristas, entre hayas y robles; caminamos por senderos de carretas para contemplar, muy cerca, el gran picacho del Cuaravacas. Este fue mi bautismo

palentino. No le hubo mejor, no sólo por el entusiasmo de vivir en un entorno natural de antología, sino porque en este pedazo de tierra casi salvaje palentina, iniciamos don Laureano y yo una amistad, que volvió a afianzarse unos cuatro años después ante el conocimiento que él tuvo de un artículo mío, que no recuerdo si se publicó en el Diario Palentino o en El Norte de Castilla de Valladolid, que titulé “Corriendo la mojonera” en donde relataba un hecho bellissimo, festivo y pastoril, del que fui testigo, celebrado en las vertientes castellanas del Monte de Peñarrubia, entre los concejos de Redondo (valle natal de Don Laureano) y de Brañosera, que desde tiempo inmemorial venía repitiéndose cada nueve años, ante notario, y en el que se procedía a constatar la existencia de los mojones de pasto de ambos concejos. Varios niños de cada lugar acompañaban a los mayores, para que fuesen testigos de la ceremonia y del lugar donde se situaba cada mojón.

Entonces era notario de Cervera de Pisuerga mi hermano Luis, que no tuvo mucho que insistir para que le acompañase a disfrutar en vivo de semejante reminiscencia histórica.

Sabedor ya, desde la universidad, de la importancia del fuero de repoblación del año 824 de Brañosera, promulgado por el Conde Nuño Núñez y la Condesa Argilo, el poder pisar y conocer la geografía que el documento del siglo IX anotaba con nombres casi idénticos a los actuales, Covarrés, Sel de la Fuente, Pamporquero, Pennarrubia, etc... fue para mi algo inenarrable. Lo recuerdo como un día grandioso de sol y de añoranza histórica. Y a la hora de comer nos reunimos los asistentes cerca de la cueva del Cobre, y bebimos vino en copas de plata del siglo XVI, que años después, las de Redondo, me fueron mostradas por Don Laureano y que yo dibujé y publiqué.

¡Qué cosas me ofrecía y enseñaba Palencia! ¡Como para no seguir entusiasmado! Tanto que me decidí por un título futuro de estudio, que me podía llevar al doctorado: “El arte románico en Palencia”. Tendría entonces veintiséis o veintisiete años. Ya me había iniciado con algún estudio monográfico sobre estas artes medievales con algún artículo con mi compañero de trabajo, Federico Wattenberg, sobre la iglesia románico-gótica de Santa María de la Antigua de Valladolid (1947), y dos años después con otro mío sobre la románica de Villacantid (1949). Aprovechando mi estancia veraniega en Cervera de Pisuerga, ¡otra vez Palencia!, y sirviéndome del catálogo monumental de Navarro, fui localizando las iglesias románicas, casi todas sin estudiar, que podían constituir mi tesis doctoral. Todas las que estuviesen a una distancia de 10 o 15 Km, las haría andando o en bicicleta. Mi buen amigo Peridis me dedicó en la revista Sautuola VI (1999) una “tira” en donde me dibuja sobre una bicicleta BH de su

hermano, “lleno de ilusiones y ligero de equipaje, con un metro de medir, máquina de fotos, bolsa de aseo y libros”. Si todo lo demás sí lo llevaba, la bolsa de aseo era para mí innecesaria, pues me bañaba en ríos limpios y transparentes y me secaba al sol y al viento. Para una pastilla de jabón me bastaba un bolsillo. (De Peridis ya hablaré, pues tiene mucha importancia para prolongar hasta hoy mi palencianismo).

En una de mis primeras salidas, llegué al pueblo de San Felices de Castillería, vi la iglesia, con algún resto románico, y entré en la ermita del centro del pueblo. Y aquí tuve una sorpresa, pues bajo la cal que cubría los muros del interior del ábside, vi por transparencia que con el blanqueo se habían ocultado pinturas. Regresé a Cervera y, habiéndoselo comunicado a mi hermano Luis, volvimos al pueblo para dedicarnos a quitar con mucho cuidado la cal que las cubría. Nos acompañaron los dos escribientes de mi hermano, casi adolescentes, el uno del propio pueblo de San felices, Jesús Ibáñez (alias “el curina”), el otro, Miguel del Pino, de Cervera; (os cito para que, si vivís, sepais que no me he olvidado de vosotros). Los cuatro, como minuciosos y respetuosos restauradores trabajamos con espátulas, cuchillo y brochas, estuvimos dos o tres días descascarillando la capa superficial, dejando al descubierto unas cuantas escenas evangélicas (Anunciación, Presentación en el Templo, etc.). Desgraciadamente no eran románicas, pero pintadas al fresco, con indudable maestría, habría que colocarlas a finales del siglo XV. En otras parecidas halladas en un pueblo próximo a San Felices, Post, en 1927, encontró una fecha concreta: 1485. Nosotros, a las nuestras, las bautizamos como del Maestro de San Felices.

De todas formas, no empezaba mal mi intento de estudiar todo el románico palentino, pues este descubrimiento de pintura, me dio ánimos y alegría para seguir visitando iglesias, pensando en hallazgos parecidos, dado el olvido científico hacia ellas y el abandono en que algunas estaban.

Otros días, aprovechábamos el coche de mi hermano y subíamos, a conocer yo, y a enseñarme él, lugares y paisajes próximos a Cervera. Uno de ellos me llevó a hasta Piedras Luengas, a asomarnos a Liébana y a contemplar la alta cumbre de peña Labra. Yo tenía algo escrito sobre las montañas de Campóo de Suso, que conocía bien. Como apasionado –sin llegar a ejercerlo– del alpinismo, recibía una preciosa revista suiza titulada “Alpe Neige Roc”, y con lo que sabía de mis montes y lo que pude ver de los de Cervera de Pisuerga, compuse un artículo titulado: “Sur les cimes Cantabres d’Espagne, deux jours dans les montagnes de Reinosa et de Cervera de Pisuerga”, que me fue publicado en el número 3 por la redacción de Lausanne, y en donde, sin olvidar mi palencianismo, les hablaba a los suizos y a gran parte de Europa de los tra-

jes regionales de la Pernía, de los bailes con pandereta en San Salvador de Cantamuda, de la danza con almadreñas, llamada del “cuevanito”, y les decía que la melodía de una canción popular de Camasobres:

En Camasobres la nieve
borra todos los caminos
pero no el que me ha llevado
donde está nuestro cariño

fue recogida por Rimsky Korsakow para su conocido “Capricho Español”. Y así me convertía, sin pensarlo, en 1951, en una especie de agencia de turismo a favor de las montañas de Campóo, tanto de Santander como de Palencia.

Pero cuando realmente fui conociendo despaciosamente, casi metro a metro, las tierras y valles palentinos, fue en los años 1952-1954, cuando ya seriamente tuve conciencia de que mi tesis doctoral podía abarcar toda la provincia de Palencia, y me adelanté, como ensayo, con una monografía de la iglesia de Santa María la Mayor de Villamuriel de Cerrato que, a pesar de su monumentalidad, nunca había sido motivo de un estudio detallado. Por ello la publiqué en 1952, en el Boletín del Seminario de la Universidad de Valladolid, presentándola un poco como modelo de lo que quería hacer con el resto de las iglesias románicas: buen plano, dibujo de lo más digno de señalar, fotos, historia documental, etc.

El recorrido llevó tres apartados:

1º- El que hice andando en julio y agosto, sobre todo, de 1952, partiendo de Cervera y recorriendo prácticamente su partido judicial con los pueblos más próximos.

2º- El que hice en bicicleta, ensanchando el espacio hasta Aguilar y la zona de Herrera de Pisuerga.

Y 3º- Para el que me serví de un ciclomotor GAC (se llamaba) de gasolina, gracias a una concesión que me hizo el entonces rector de la Universidad de Valladolid, Doctor Caneja, ¡Otro palentino!, que conocía seguramente en qué condiciones precarias estaba haciendo mi trabajo. Así pude llegar a Frómista, Carrión, la propia capital palentina, Saldaña, El Cerrato, etc.

Mis viajes eran solitarios, y mis deseos de dibujar detalles de capiteles, canecillos, impostas, basas, arquivoltas, frisos, pilas bautismales, etc, me detenía, a veces, todo el día en una misma iglesia. Las técnicas actuales son mucho más avanzadas que las pobres artesanales mías. Aunque llevaba una máquina de fotos, nunca estuve seguro de lo que con ella hacía, y por ello me aseguraba con mis propios conocimientos de dibujo. Para hacer planos, casi

siempre me servía de los niños, que en cuanto me veían rondar por la iglesia, acudían como moscas a la miel para preguntarme por qué la miraba tanto y la fotografiaba. Aproveché su curiosidad para que sujetasen la cinta, y aunque lo hacían con picarescas sonrisas entre ellos, me parecía que se sentían orgullosos de ayudarme.

Las aldeas (¡qué tristeza hoy!) estaban plenamente vividas. Cruzaban los carros, corrían los niños, cantaban los jóvenes arrieros que iban o venían de las tierras, sonaban las campanas al mediodía o al ángelus, repicadas por los adolescentes, se oía el golpeo de las fraguas, el vocear de la gente, los ladridos de los perros, el barullo en las eras, el silbato del afilador o la llegada de algún camión que recogía corderos... En fin, todo era vida, movimiento y alegría y, además (échense ahora las manos a la cabeza, pues yo todavía lo hago) ¡las iglesias estaban abiertas y nadie las robaba! Curioso, ¿no?.

Recuerdo otra tarde que, después de haber comido mi bocadillo sobre el asubiadero de una de esas rocas calizas que el sol parecía querer que explotase de blancura y ponerme en camino, sin camino, hacia el pueblo de Lomilla de Aguilar, me di de bruces con una pequeña iglesia románica, que aparecía casi en equilibrio sobre otra roca, y que tenía su muro norte, todo de sillería, completamente caído hasta sus cimientos. La emoción fue tan fuerte que lo mismo podía ponerme a llorar que a cantar. El sol, paciente y radiante, la iluminaba hasta el presbiterio, dejándola tan exageradamente desnuda y rota que no pude contener mi admiración y me oí exclamando en alta voz: ¡Qué maravilla! Desde ese momento, a pesar de su ruindad, o por eso mismo, y a pesar del desprecio que no merecía, la iglesia de Santa Cecilia de Vallespinoso de Aguilar y el rincón donde se alza, junto a un arroyo de esos que gimen y no se ven, porque tienen bóveda de mimbres y de helechos, les he puesto como paradigma de la belleza que nace cuando se junta el arte sentido por el hombre con el paisaje natural, que nadie ni nada impurifica. (¡Oh paisaje palentino, has cambiado completamente, ampliándola mil veces, mi capacidad de sentir!) Entré en la iglesia, saltando sin mucha dificultad los sillares del muro caído. La puerta estaba al mediodía y seguía abierta. Después he vuelto muchas veces, cuando ya estaba restaurada, pero nunca volví a sentir ese instante que gocé, y sufrí también, pero que ya no volverá. Aquella tarde tenía que llegar a Lomilla. Crucé tierras salvajes, cubiertas de espinos (¡Buen nombre para el pueblo e iglesia que dejaba atrás!), pero antes de llegar a Lomilla, y sin saber que allí podía existir, me topé con otras ruinas románicas de otra pequeña iglesia o ermita de la que sólo quedaba visible el ábside, todo él de sillería, con sus credencias presbiteriales de arco apuntado. No existían ya fustes y las basas estaban completa-

mente ocultas por los escombros caídos del tejado desaparecido. Me detuve una media hora para hacer un apunte de lo que quedaba y una foto. Cuando llegué a Lomilla pregunté, ya casi caído el sol, y me dijeron que era la iglesia de un despoblado que ellos ya no conocieron, y que siempre se llamó la Granja de Villalaín. Desgraciadamente de estas ruinas nada queda ya. Como testimonio de su existencia sólo valen mi mala foto y mis dibujos. Este caso de Villalaín no fue el único caso que se me presentó.

Visitando San Juan de Moarves, la del friso espectacular con el Pantocrator y los doce apóstoles, que parece esculpido o moldeado con las tierras violetas de los campos de Ojeda, y cuya fachada fue calificada por Unamuno: “de encendida encarnadura”, yo dije de ella que era: “Un pasmo medieval, lanzado al porvenir, con ese anhelo de eternidad que hacía vivir a los hombres y despreciar al tiempo”. Es como si nos hubiesen dicho: “Ahí os va, gentes que vengáis, humildes o soberbios, ateos o creyentes, una muestra de nuestro concepto del mundo. Entre la piedra tallada, en el interior de cada apóstol, escondida en la vena ferruginosa de este Pantocrator, de milagrosos pliegues imposibles, os hemos dejado nuestro corazón y nuestro espíritu” (mi guía del románico en Palencia, 2002, p. 227-228).

Después de visitar esta maravilla del románico internacional, subí a su ermita, llamada de la Encina, alta, sola y aislada, y en el interior, y a la derecha del altar, vi un relieve en piedra arenisca de unos 50 cm. de alto. Sostenía un paño blanco sobre el que estaban colocadas unas vinajeras, una campanilla y algún otro objeto, que no recuerdo, y en el frente llevaba esculpida una preciosa escena de la Anunciación, con el ángel y la Virgen, ambos de pie y de frente. Muy difícilmente saqué la pieza, sin levantarla del suelo, con movimiento zigzagueante para poder hacer una foto en el exterior. Esto sería a finales de 1953, o quizás más tarde, pues ya había presentado mi tesis. Volví después del 61 y había ya desaparecido. Pregunté en el pueblo y nadie me dio razón de su paradero. Ahora, de esta bella y finísima pieza románica de fines del XII o principios del XIII solo queda mi fotografía. Tal vez ésta sirva para que algún día la guardia civil pueda encontrarla en España o en el extranjero, pues no es posible que alguien se haya atrevido a romperla.

Muchas más cosas podría contarles de esos años en los que recorrí toda Palencia, conociendo sus pueblos, a sus gentes y sus paisajes, pero en estos reducidos folios no caben tantos recuerdos, mas o menos velados, sí, pero siempre amorosamente sentidos, y además a ustedes no puedo cansarles añadiendo antiguallas. Y sí asegurarles que, siempre y en todo momento, tuve el aprecio y

la simpatía de los palentinos con los que hube de tratar, y no recuerdo trance alguno que me pudiera haber resultado desagradable.

Como ven, cada año que pasaba aumentaba mi palencianismo. Acabada mi tesis en la Universidad de Madrid, el poder publicarla en aquella época era muy difícil. Pero Don Laureano apareció de nuevo. Desde Madrid, donde ambos estábamos entonces, hicimos los dos un viaje exclusivo a Palencia para ver al presidente de la Diputación, Don Guillermo Herrero Martínez de Azcoitia, y al año siguiente, 1961, ya estaba a la venta: *El arte románico en Palencia*. Sería enormemente ingrato si se me olvidase agradecer a estos ilustres palentinos lo que por mi hicieron. Mi mochila, que ya estaba bastante llena de agradecimientos a Palencia y a los palentinos, todavía tuvo que hacer sitio a otras atenciones que la Diputación me hizo.

Habiéndose descubierto en 1962 unas ruinas en el término de Villajimena (Palencia), sobre un cerro llamado el Castellar, Don Guillermo Herrero me invitó a que las excavase, atendiendo a que yo acababa de llegar a la dirección de Museo de Prehistoria y Arqueología de Santander y tenía un equipo de jóvenes voluntarios. Recuerdo que nos quedábamos en Palencia y nos subía todos los días al Castellar un camión de la Diputación. Los resultados de la excavación tuvieron mucha repercusión entre los medievalistas, pues parecían poner en entredicho la teoría de Sánchez Albornoz sobre la despoblación de la Meseta en los siglos VIII y IX. Según nuestras deducciones, parece que sobre una necrópolis visigoda del siglo VII, se sobrepuso otra del siglo VIII. El estudio de El Castellar fue publicado en dos revistas, la primera en las "*Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*" de la Diputación de Palencia, y la segunda en "*Excavaciones Arqueológicas de España*, nº 22".

Pero mis implicaciones con Palencia no habían terminado. La Diputación quería proseguir las excavaciones en el Monte Cildá, junto a Olleros de Pisuerga y Mave, en lo que debió de ser en época medieval "la civitas Oliva", de cuya muralla ya el Marqués de Comillas, a finales del siglo XIX, había mandado sacar numerosas estelas cántabro-romanas. Esta fue una excavación que, dada la cantidad de otro grupo de estelas que nosotros descubrimos, nos duró los veranos de 1963 a 1969, es decir siete años, y donde llegamos a recomponer toda la línea de fortificación y su puerta. Fue también financiada por la Diputación palentina, con nuestra aportación de todos los equipos de excavación del Seminario Sautuola del museo santanderino. Los trabajos resultaron de enorme interés para el estudio de una población cántabro-romana que ocupó este castro durante los siglos II al IV después de Jesucristo, y vivía ya en una

fase de total romanización. Los resultados fueron publicados en la *revista de la Institución Tello Téllez de Meneses* de la Diputación de Palencia, en su nº 34.

No crean ustedes que con este trabajo acaba mi participación en la historia palentina. Terminado en 1969 Cildá, ya estoy en 1971 en los inicios de la excavación del mosaico romano de Quintanilla de la Cueva. La Diputación de Palencia estaba lanzada a recuperar su historia antigua y medieval y a ampliar su museo, mediante la arqueología, y yo encantado de poder ayudarla. En Quintanilla duramos diez años seguidos, hasta 1980. En esta excavación participaron no sólo miembros del Seminario Sautuola, sino también estudiantes del Museo de Palencia y algún extranjero. Nos ayudó igualmente el amigo y compañero Javier Cortes y su equipo, que por entonces estaba descubriendo los fantásticos mosaicos de la villa de la Olmeda, en Pedrosa de la Vega, Saldaña. Tanto él como yo hicimos todo lo posible para que los mosaicos de Quintanilla y de la Olmeda quedasen in situ, porque era la mejor manera de impactar al visitante, contemplándolos en el mismo lugar en que se hicieron.

Pero en la década del setenta sucede un acontecimiento en Aguilar de Campóo, que es la creación de la “Asociación de Amigos del Convento Caído”, que, dirigida por el arquitecto José María Pérez González, “Peridis”, se propone restaurar el Monasterio de Santa María la Real. Peridis era sobrino de Don Laureano, con quien yo seguía manteniendo amistad, y al que veía en Madrid o en los Redondos, junto a sus otros sobrinos, primos de Peridis, el también llamado Laureano y la inolvidable y querida Primi. Otra vez, pues, la familia Pérez Mier viene en mi ayuda. Acabada la restauración de Santa María, Peridis me convierte en Director del Centro de estudios del Románico, que él funda en Aguilar para mantener en digna continuidad el monumento restaurado. Se organizan en dicho lugar cursos públicos sobre el románico y sobre la Historia Medieval de reconocido éxito; se restauran iglesias tanto en Palencia como en Burgos y en Cantabria; excavamos en Frontada y en Quintanilla de las Torres; se edita la revista *Codex Aquilarensis* y tantas cosas más que la inventiva de Peridis, siempre imparable y única, consigue. El Centro se transforma en “Fundación de Santa María la Real, Centro de Estudios del Románico”, que él preside y que convierte en verdadero foco cultural y social, de gran importancia para toda la región castellano-leonesa.

Gracias a Peridis mi palencianismo persiste hasta hoy mismo, acompañándole en la dirección de la Gran Enciclopedia del Románico Español, empresa que gracias a él y a su tesón va siguiendo adelante... A pesar de la crisis. ¡Que tengas suerte amigo José María, y que no se te acabe nunca la potencia que tu corazón fabrica, cuando se trata de ayudar a los demás!.

Pero hay otros palentinos que siempre han estado dispuestos a ayudarme, cuando se lo he pedido. No me olvido de que el amigo y gran poeta Manuel Carrión Gútiez, compañero en la Institución Tello Téllez de Meneses, hizo lo imposible, cuando dirigía la Biblioteca Nacional de Madrid, para que se presentasen en ella mis dos tomos que en 1979 acababa de terminar sobre el arte románico de Santander. Muchas gracias, mi admirado amigo.

Ni tampoco dejo pasar al olvido a José Lorenzo García de los Ríos, de Santa María de Mave, que tanto se preocupó para que en 2002 saliese publicado en “Sautuola VIII” lo que sabíamos sobre las ruinas del Monasterio de San Pedro de Valdecaballeros, Palencia. No puedo seguir añadiendo más ejemplos, que sin duda los hubo, por falta de tiempo.

Solo quiero, para terminar, volver a resaltar la dedicación y ayuda sin excepción, que desde 1961 hasta hoy me han prestado todos, absolutamente todos, los presidentes de la Diputación de Palencia: Guillermo Herrero Martínez de Azcoitia; Ángel Casas Carnicero; Emilio Polo Calderón; Jesús Mañueco Alonso y Enrique Martín Rodríguez. A todos porque, representando a Palencia, han demostrado que para ellos la cultura y la historia eran fundamentales en su criterio de valores. No suele ser normal esta disposición en los políticos y por eso quiero mencionarles a todos, porque en otros sitios, siendo yo el mismo, no tuve la suerte de encontrar, en mi trabajo, presidentes –salvo alguna excepción, verdaderamente excepcional– que apoyasen mis empeños de culturizar, e incluso los hubo que llegaron a desacreditarme muy personalmente, para que detuviese mis innatas inclinaciones de promover al máximo el desarrollo del conocimiento y la investigación. Por ello, porque cada uno cuenta la feria según le fue en ella, para mí la de Palencia fue la única que a lo largo de mi larga vida, colmó de verdad mis deseos sociales de hacer bien. Y por ello, también, mi palencianismo fue aumentando progresivamente hasta situarse en la primera línea de mis querencias.

Muchas gracias a todos, a mis queridos compañeros de la Institución Tello Téllez de Meneses aquí presentes y a los que no hayan podido venir. Muchas gracias a los muchos palentinos que me ayudaron y de los que no pude retener su nombre. Gracias también a mi viejo y buen amigo Rafael Martínez y a todo el equipo cultural que dirige, y un recuerdo especial a Maritina Calleja, su antecesora en el cargo, mujer excepcional que se nos fue demasiado pronto y a la que no podemos olvidar. Muchas gracias al pueblo palentino, en general, al que me dirigí en los múltiples pregones que pronuncié en Palencia capital, Aguilar de Campóo, Cervera de Pisuerga, Saldaña, Herrera de Pisuerga, Alar del Rey y algunos más que quizás ya no recuerde.

Y también les diré que mis afectos por Palencia me inclinaron a comprar una casa en ruinas en su propia tierra, Olleros de Paredes Rubias (Berzosilla, Valderredible), donde pienso seguir contemplando esos atardeceres singulares con el fondo de los picos del Curavacas y del Espigüete. Mi agradecimiento final, también, a los que me habéis aguantado esta especie de confesión general que recoge mi verdadero sentimiento hacia lo palentino sin ningún tipo de adulación y lisonja, y sí la verdad de lo que yo he vivido. Y que me perdonéis que por razones de mi edad, vaya siendo cada vez más un simple espectador de lo que otros hagan a favor de la cultura y de la historia de esta privilegiada y querida provincia.



Don Laureano Pérez Mier



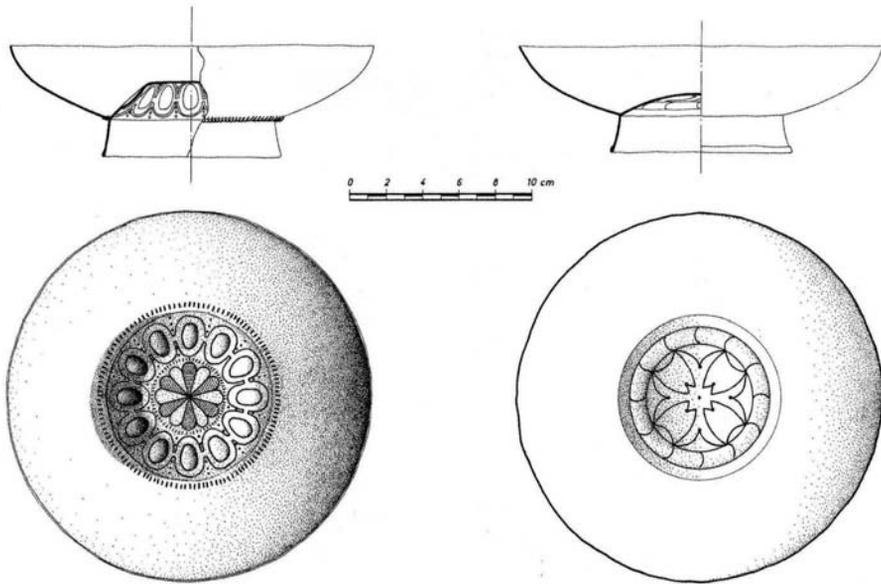
Abadía de Lebanza



Capiteles románicos de Lebanza en el Fogg Art Museum de la Universidad de Harvard.



Brañosera. Iglesia románica.



Dibujo de las copas de Redondo.



Una "tira" de Peridis publicada en la revista Sautuola VI (1999).



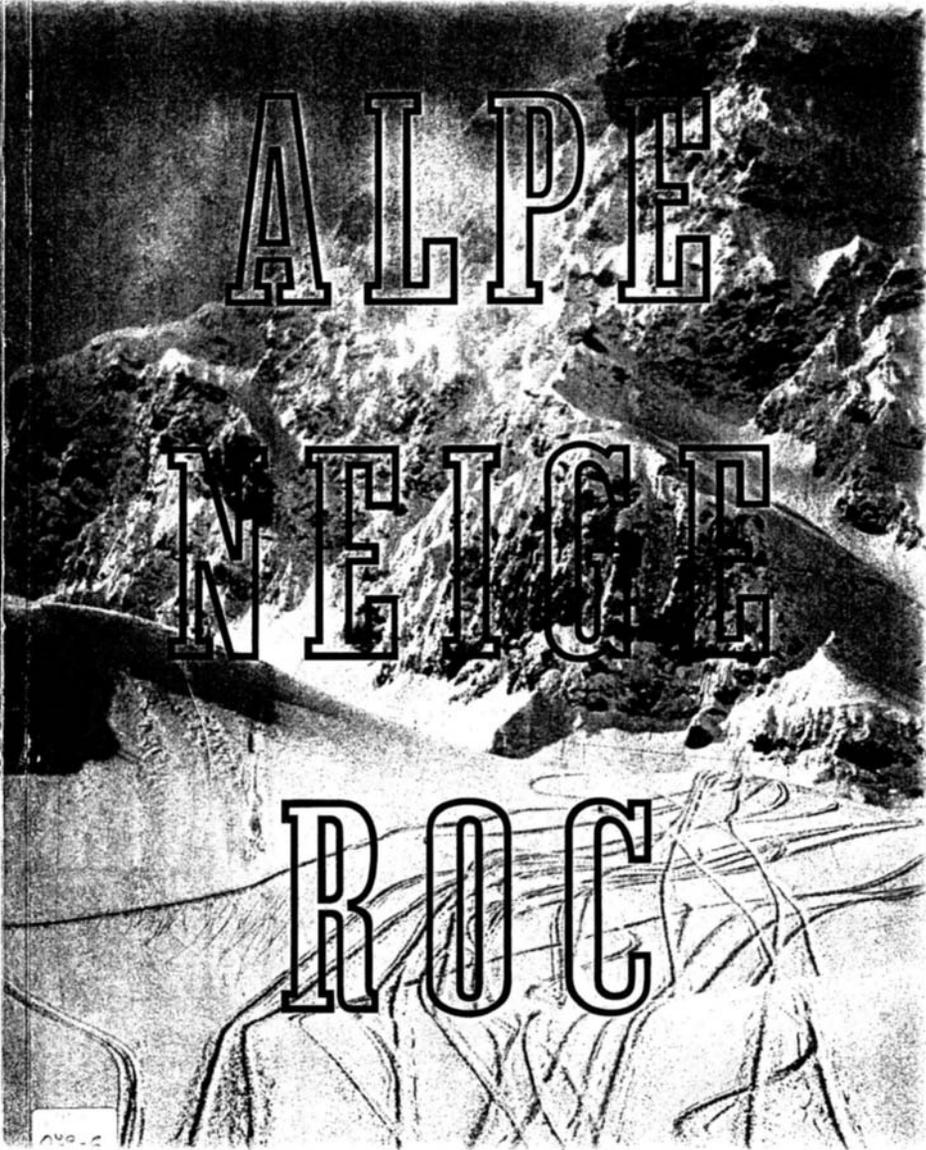
El Sel de la Fuente y Covarré.



Ermita de San Felices de Castillería



Detalle de las pinturas de la ermita de San Felices de Castillería.



Portada de Alpe Neige Roc.

SUR LES CIMES CANTABRES

D'ESPAGNE

DEUX JOURS DANS LES MONTAGNES DE REINOSA

ET DE CERVERA DE PISUERGA

M. A. GARCIA-GUINEA

adapté par Edmond Laufer
avec reproduction de 3 tableaux à l'huile
du peintre E. Garcia.

Il y a près de deux mille ans, l'Espagne — l'Hispania des Romains — résonnait sous les pas des légions d'Auguste qui prétendaient la dominer tout entière. Mais, parvenues au Nord, elles se heurtèrent à la résistance, devenue proverbiale, du peuple cantabre. Montagnards hautains et braves, attachés à leurs vallées et à leurs pics, jaloux de leur indépendance, défendus par des gouffres infranchissables, les Cantabres occupaient la région dominée par le massif de Reinosa et de Cervera — haut de 2 000 à 2 500 mètres — et qui sépare deux vallées voisines : celle de Campóo, dans l'actuelle province de Santander, et celle de la Pernia, qui se trouve dans la province de Palencia.

Ces sommets, jadis témoins des rites et des mœurs du peuple cantabre — d'origine celtique — sont aujourd'hui pareils à eux-mêmes, dressés contre le ciel, avec leurs pics arides et surchauffés et leurs abîmes sauvages. Le silence est le même, les nuages frôlent de près les cimes, se dissipent en brouillards sur les bois et les torrents. En hiver, la neige tombe copieusement, ensevelissant presque les masures des hameaux, où le froid dur s'insinue.



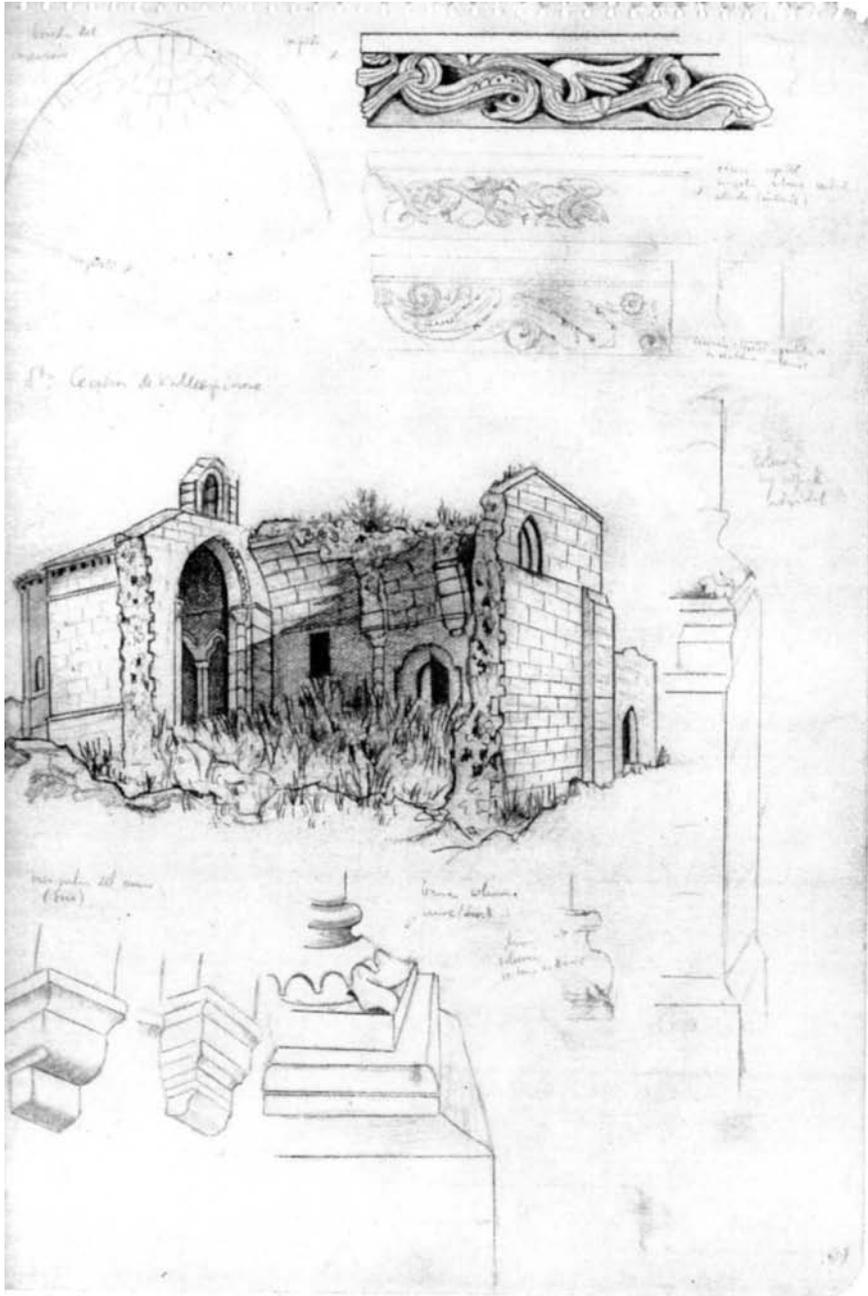
Pintura al óleo de los montes de Campoo, de E. García Guinea.



Villamuriel de Cerrato. Iglesia de Santa María la Mayor.



La calle Tobalina de Aguilar de Campoo, hacia 1960.



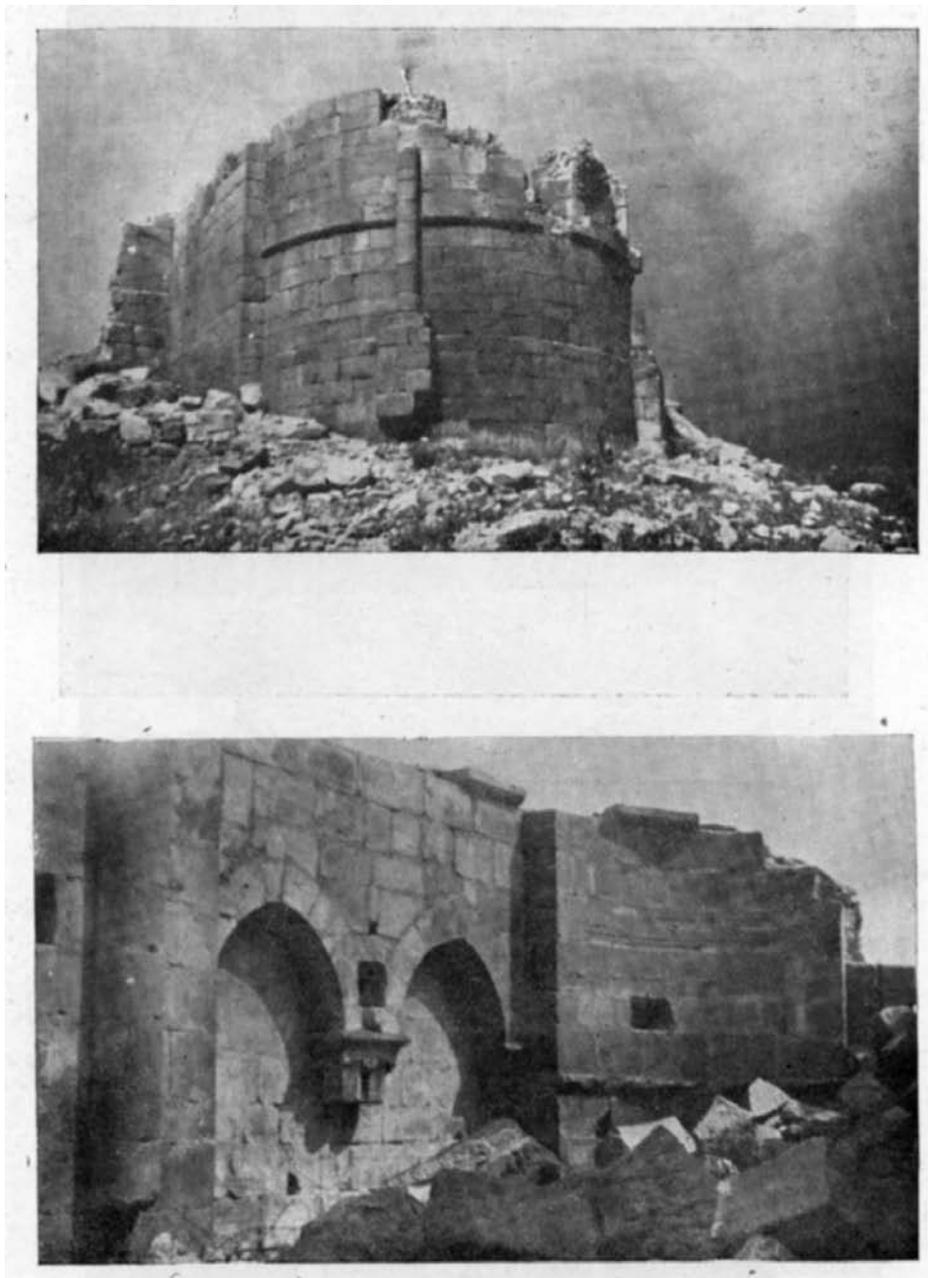
Vallespinoso de Aguilar. Ermita de Santa Cecilia. Dibujo del autor.



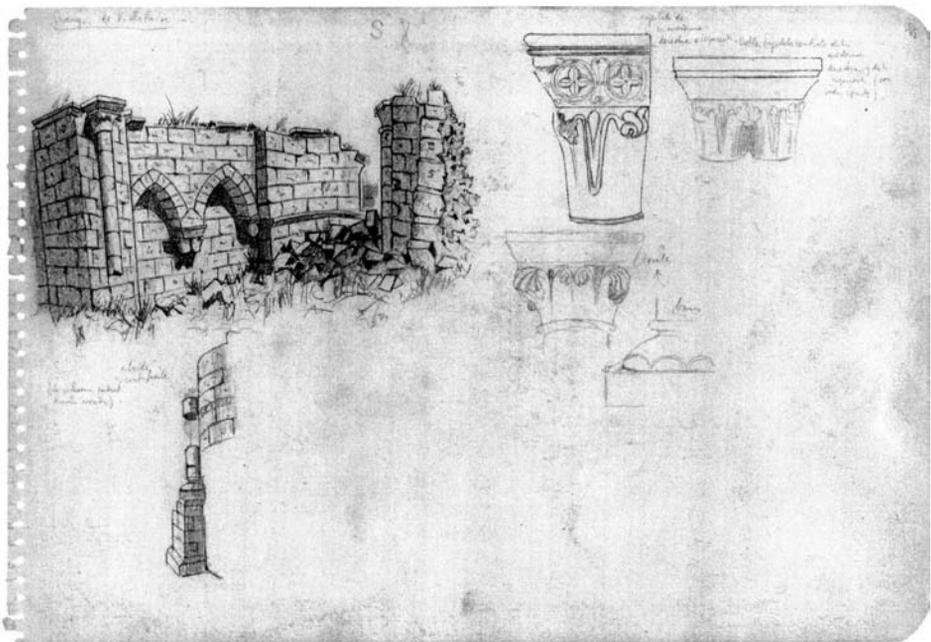
Vallespinoso de Aguilar. Iglesia de Santa Cecilia.



Vallespinoso de Aguilar. Iglesia de Santa Cecilia. Detalle de una ventana.



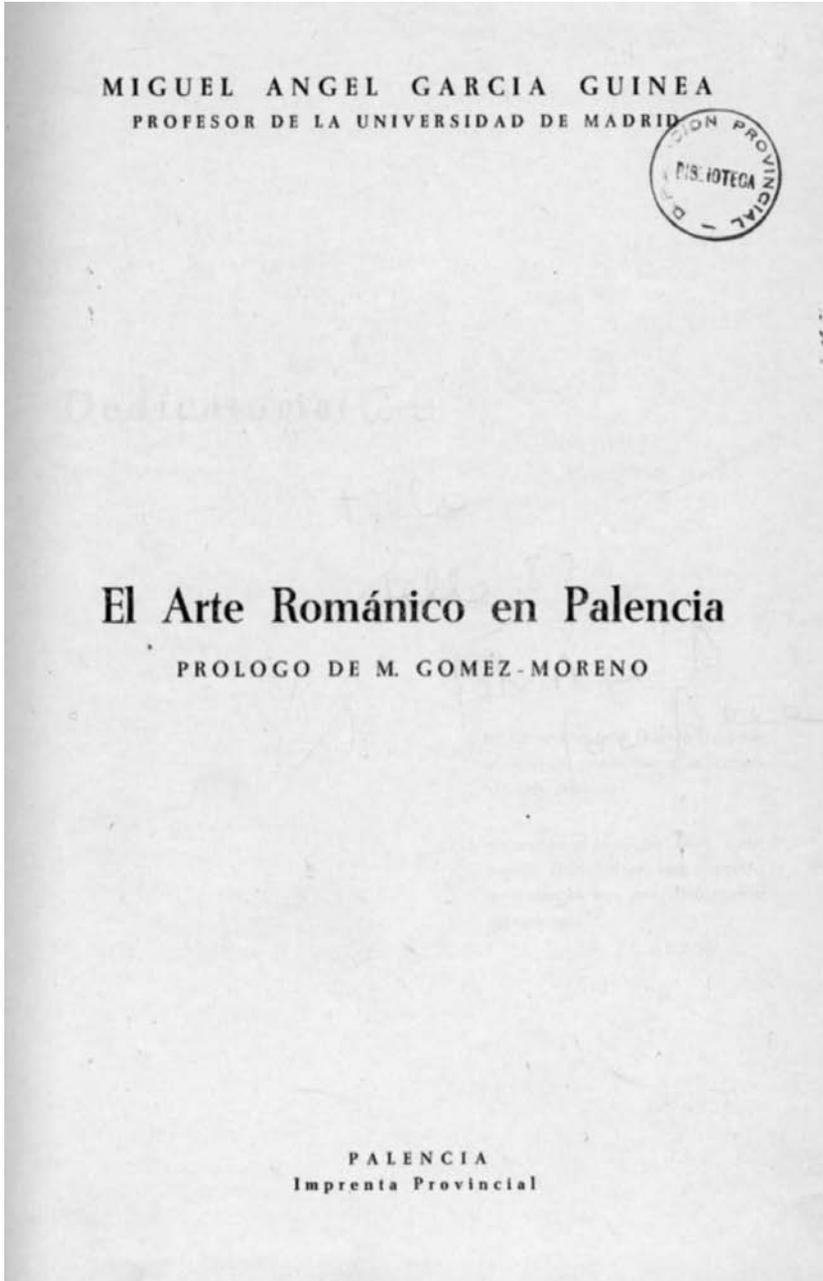
Fotografías antiguas de la Iglesia de la Granja de Villalain.



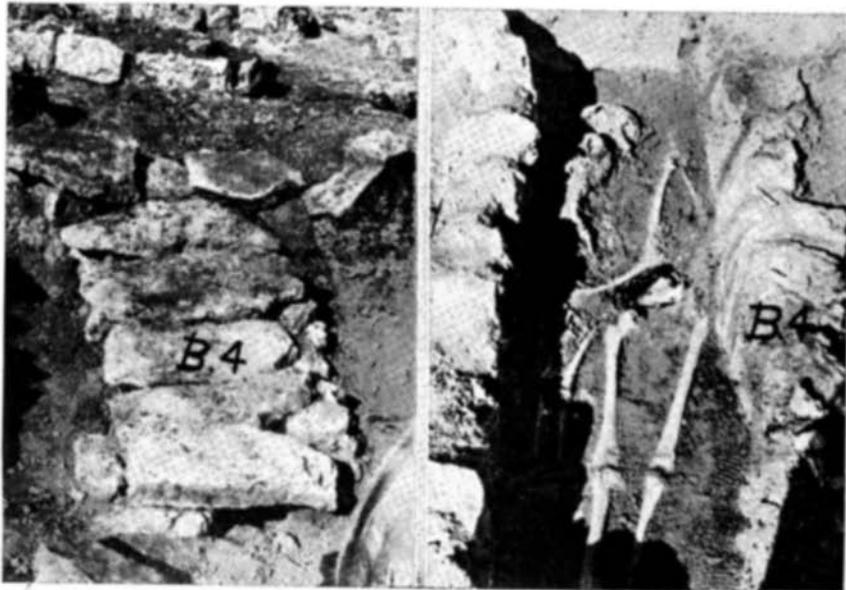
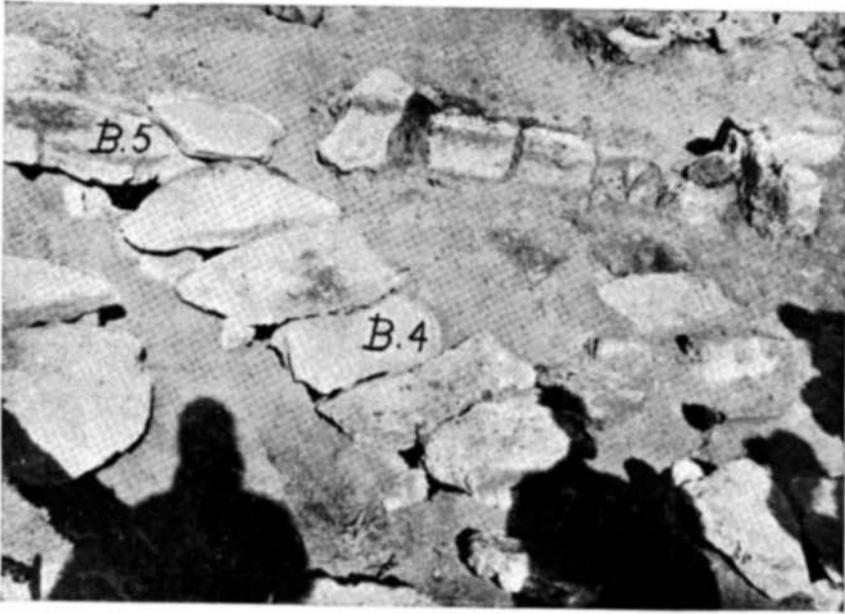
Dibujo del autor de las ruinas de la Granja de Villalain.



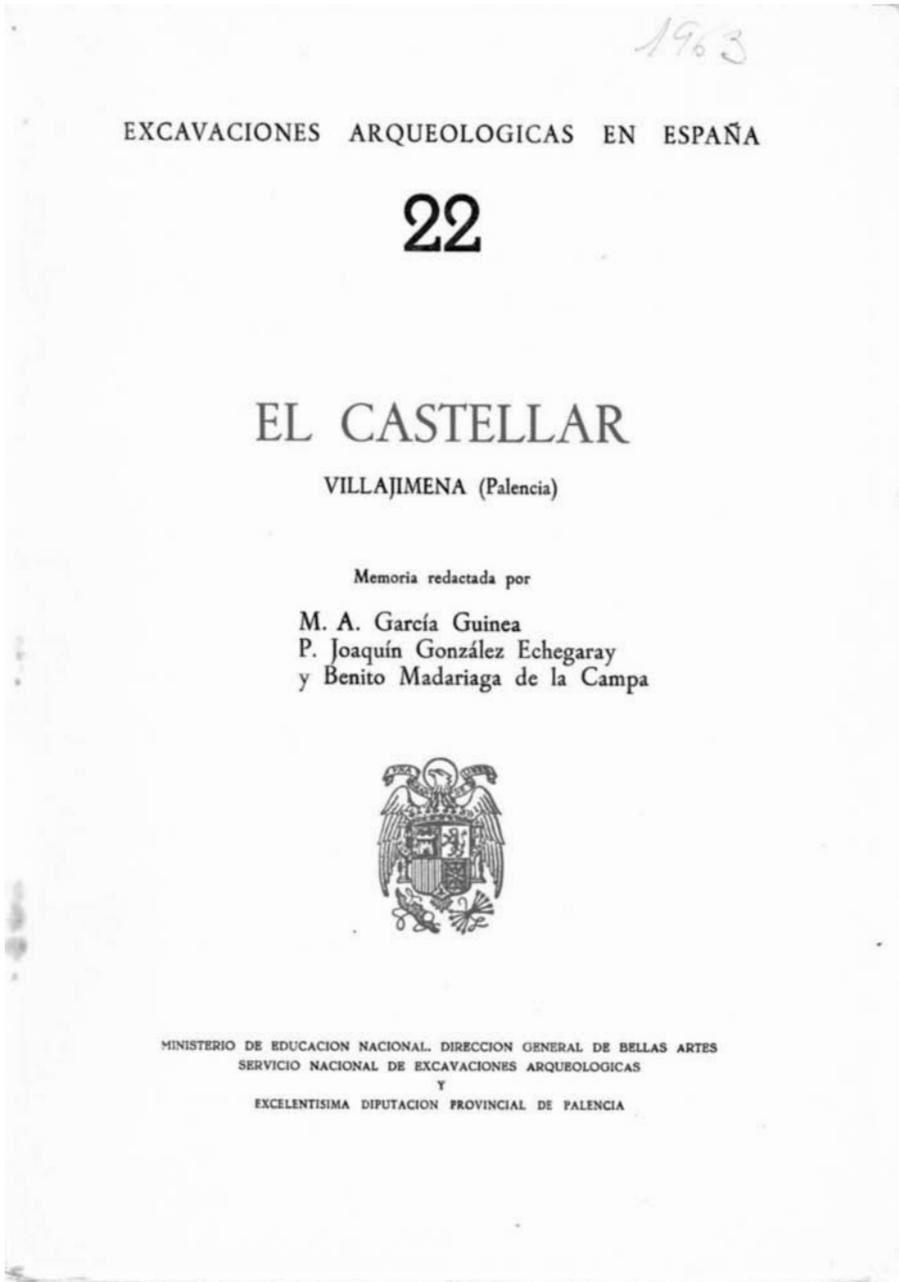
Moarves. Ermita. Relieve de la Anunciación.
(fotografía tomada de la 1ª edición de “El Arte Románico en Palencia”).



Portada de la 1ª edición de “El Arte Románico en Palencia”, editado por la Diputación de Palencia en 1961.



Excavaciones de El Castellar (Villajimena).



Publicación sobre las excavaciones de El Castellar (Villajimena).

M. A. GARCIA GUINEA, JOSE M. IGLESIAS GIL Y P. CALOCA

Excavaciones de Monte Cildá

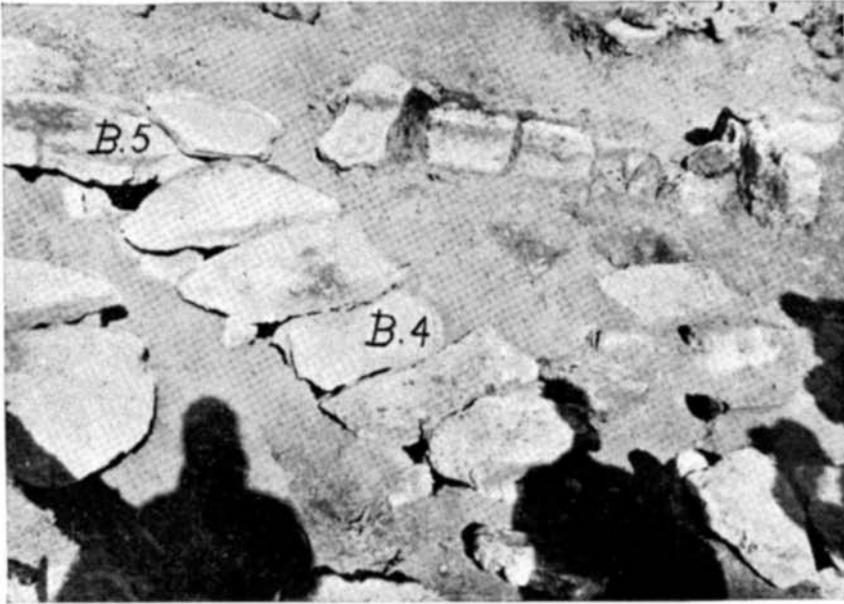
Olleros de Pisuerga (Palencia)

Campañs de 1966 a 1969



MINISTERIO DE EDUCACION Y CIENCIA. DIRECCION GENERAL DE BELLAS ARTES
SERVICIO NACIONAL DE EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS
Y
EXCELENTISIMA DIPUTACION PROVINCIAL DE PALENCIA
1973

Publicación sobre las Excavaciones de Monte Cildá.



Excavaciones en Monte Cildá.



Villa Romana La Olmeda. Pedrosa de la Vega (Palencia). Interior.



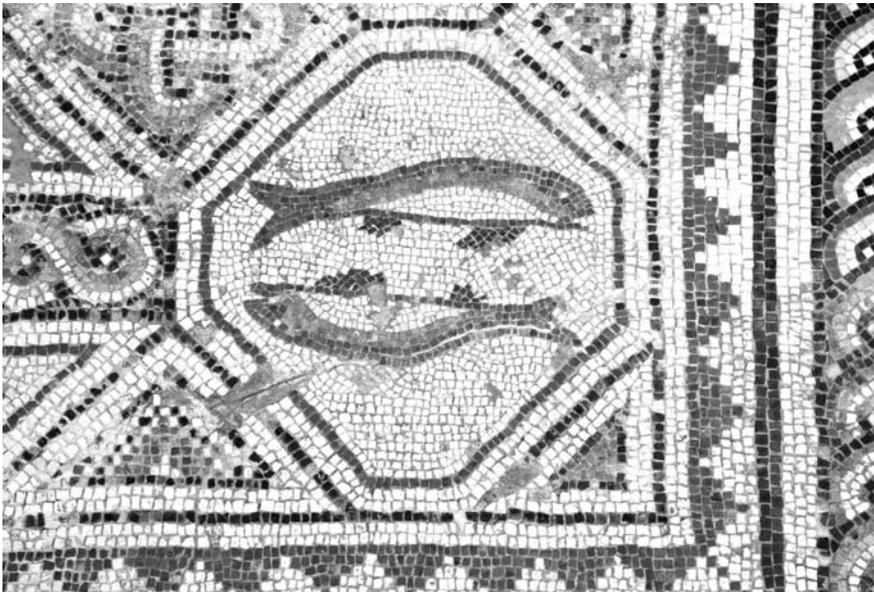
Villa Romana La Olmeda. Pedrosa de la Vega (Palencia). Detalle de un mosaico geométrico.



Villa Romana La Olmeda. Ulises. Detalle del mosaico del Oecus.



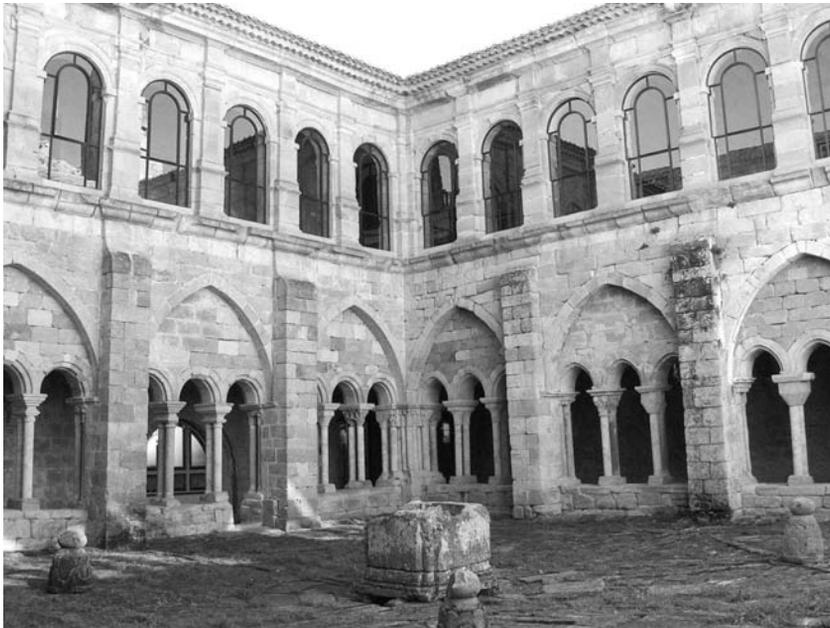
Villa Romana La Tejada. Quintanilla de la Cueva (Palencia). Detalle de un mosaico.



Villa Romana La Tejada. Quintanilla de la Cueva (Palencia). Detalle de un mosaico.



Vistas del Monasterio Santa María La Real de Aguilar de Campo antes de la restauración.



Vistas del Monasterio Santa María La Real de Aguilar de Campo tras su restauración.

